

Tardes de cine, secretos
y cuatro mujeres
que tienen mucho
por compartir.

MIA MARCH

El cineclub de Meryl Streep

emecé Club

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo. Lolly Weller](#)

[1. Isabel Nash McNeal](#)

[2. June Nash](#)

[3. Kat Weller](#)

[4. Isabel](#)

[5. June](#)

[6. Kat](#)

[7. Isabel](#)

[8. June](#)

[9. Kat](#)

[10. Isabel](#)

[11. June](#)

[12. Kat](#)

[13. Isabel](#)

[14. June](#)

[15. Kat](#)

[16. Isabel](#)

[17. June](#)

[18. Kat](#)

[19. Isabel](#)

[20. June](#)

[21. Kat](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

A la memoria de Greg

Quizá él sabía, aunque yo no, que la Tierra fue creada redonda para que no podamos ver el final del camino.

KAREN BLIXEN,
interpretada por Meryl Streep

El cineclub de Meryl Streep

Los puentes de Madison
El diablo viste de Prada
Mamma mia!
Se acabó el pastel
El cielo... próximamente
Kramer contra Kramer
Postales desde el filo
No es tan fácil
Memorias de África
(Mención honorífica: *Julie y Julia*)

—*Memorias de África* es mi película favorita —dijo Lolly—. Fueron tantos los momentos que me conmovieron que no pensaba que podría volver a verla. Sin embargo, ahora estoy preparada.

Cuando Meryl Streep comenzó la solemne narración —«Yo tenía una granja en África»—, todas guardaron silencio y ya no pudieron apartar los ojos de la pantalla. Lolly puso el vídeo en pausa cuando habían visto tres cuartas partes de la película. Se enjugó las lágrimas:

—Ésa es la parte en la que no he dejado de pensar durante todos estos años: después de todo lo que ha soportado, Meryl dice que, justo cuando piensa que ya no puede más, hace un último esfuerzo y entonces sabe que puede soportar cualquier cosa. —Su sonrisa parecía venir de muy lejos—. Es cierto —dijo, y volvió a poner el vídeo en marcha.

Kat cogió la mano de su madre. Se dio cuenta de que no era la única que se había quedado petrificada, sin comer palomitas, casi sin respirar, cuando Meryl Streep, con el corazón desgarrado, le decía a Robert Redford que lo que él le ofrecía no era suficiente para ella.

—Oh, Dios mío, ponlo en pausa. —Isabel se incorporó en su asiento—. «He aprendido algo que tú no sabes: hay cosas que vale la pena tener, pero tienen un precio. Yo quiero ser una de ellas» —dijo, repitiendo las palabras de Meryl Streep—. Voy a apuntarme eso para llevarlo siempre en la cartera.

En ese momento, Kat entendió que los sentimientos encontrados que había experimentado no tenían que ver con casarse o quedarse en Boothbay Harbor. Eran sentimientos con respecto a sí misma; necesitaba saber quién era ella en el fondo, cuánto creía valer.

Prólogo

Lolly Weller

Hace quince años
Día de Año Nuevo, 2.30 de la madrugada
Three Captains' Inn, Boothbay Harbor, Maine

Estaban pasando *Silkwood*, una película protagonizada por la actriz favorita de Lolly, Meryl Streep, que llevaba el pelo revuelto como ella cuando era adolescente, y Cher, a la que había creído siempre una intérprete de una gran intensidad. La palabra «intensa» la usaba con frecuencia su hermana para referirse a ella, pero Lolly no se consideraba en absoluto intensa. Había otra palabra que la definía mejor, y menos mal que no era católica porque tendría que haber ido todos los días, y a veces incluso dos veces, al confesionario.

Después de la primera llamada de teléfono de la noche, Lolly hizo algo que habría de atormentarla el resto de su vida, algo que nunca se perdonaría. Había sido poco después de las dos. Al otro lado del teléfono se oía la voz achispada de su hermana, Allie, quien le contaba que su marido estaba en medio del elegante vestíbulo del hotel Boothbay Resort bailando como John Travolta en *Pulp Fiction*. Se habían bebido cada uno cuatro o cinco copas de champán y llamaron para preguntar si podían ir Lolly o su marido a buscarlos. Estaban apenas a cinco minutos.

Su marido, Ted, tardaría cinco minutos en llegar hasta allí. Cinco más en llevarlos a su apartamento y dejarlos a

salvo. Y otros cinco en volver a casa. Eso le daría a Lolly quince deliciosos minutos de soledad. De modo que lo despertó y le pidió que fuera a buscar a los Nash. Y Ted, aunque masculló algo sobre los malditos borrachos, se puso la parka sobre el pijama y salió de casa.

Con toda rapidez, Lolly había pasado revista a las niñas. Puesto que los planes de Lolly y Ted para la noche de fin de año se limitaban a proporcionar matasuegras y el champán de cortesía a sus huéspedes del Three Captains' Inn, habían accedido a cuidar de sus sobrinas. Lolly bajó con sigilo desde el tercer piso del hostel hasta el segundo y, sin hacer ruido, abrió la puerta del cuarto donde guardaba la aspiradora y los productos de limpieza. Isabel Nash, de dieciséis años, había arrastrado su colchón, su almohada y su manta hasta el trastero, como hacía siempre que pernoctaba en el hostel, y dormía profundamente, con tal expresión de paz en su bello rostro que nadie podría haber imaginado los gritos y las palabrotas que podían salir de esa boquita. Hacía apenas una hora que Isabel había llegado con todo sigilo, a la una y media, a pesar de que su madre, después de la terrible discusión que habían tenido las dos antes de que todos se marcharan a pasar la noche cada uno por su lado, le había ordenado que llegara antes de las doce y media. Lolly tapó con el edredón de plumas el hombro de Isabel y reparó en la marca que tenía en el cuello. Lo contento que se iba a poner su padre cuando la viera...

De vuelta en el piso superior, Lolly fue a ver a su otra sobrina, June Nash, de trece años, que esa noche compartía habitación con la hija de Lolly. El pequeño cuarto situado enfrente del dormitorio de Lolly y Ted apenas tenía sitio para una cama, y mucho menos para los dos catres que Ted les había preparado a su hija y a June, pero en el hostel no había ni una habitación libre. *Jane Eyre* permanecía abierto encima del pecho de la niña, que subía y bajaba, y una pequeña linterna proyectaba un punto rojo sobre su barbilla. Lolly la apagó y la puso junto con el libro sobre la mesilla

de noche tras apartar de la frente de June un grueso mechón rizado de color caoba. Ella jamás daba problemas. Al otro lado de la habitación estaba Kat, la hija de diez años de Lolly. Kat se había despertado cuando su padre bajó la escalera y, en cuestión de segundos, ya se había puesto el abrigo, el gorro y los mitones, y estaba rogándole que la dejara ir con él.

—Por favor, papi, ¿puedo? Mañana no hay clases.

Pero era muy tarde, hacía un frío que pelaba y la carretera estaba llena de borrachos, de modo que Ted la había vuelto a llevar a la cama.

Kat se quedó dormida al instante, con los mitones rojos puestos y su viejo ejemplar de *Winnie the Pooh* bajo el brazo. Lolly se acercó de puntillas, agradeciendo que su hija estuviera de espaldas a ella. Si al entrar hubiera visto su dulce cara, tan parecida a la de su padre, a Lolly se le hubiera encogido el corazón, algo que le pasaba mucho últimamente. Le quitó los mitones con cuidado, y Kat se removió un poco pero no llegó a despertarse. Lolly se mordió el labio al sentir una punzada de culpa en el estómago y volvió a salir con cuidado.

Le quedaban unos diez minutos. Corrió escaleras arriba a su habitación, cerró la puerta y se echó en la cama con el mando a distancia del televisor y el teléfono sobre el estómago. Cambió de canal; por mucho que le gustara *Silkwood*, la había visto por lo menos diez veces, la última hacía apenas unos meses. Empezó a pasar de un canal a otro y vio que estaban poniendo *Cuando Harry encontró a Sally*; subió un poco el volumen, lo suficiente para tapar su propia voz, y llamó por teléfono. Mientras hablaban, le latía el corazón al recordar las cosas con las que solía soñar. Hablaba en un susurro, pero lo bastante alto para tapar a Billy Crystal, que le estaba diciendo a Meg Ryan que había un fallo en ella.

Treinta o cuarenta minutos después —Lolly había perdido la noción del tiempo—, una operadora interrumpió la

comunicación y le dijo que le telefoneaban desde el número de emergencias. Lolly se incorporó de golpe y dijo que sí, que aceptaba la llamada, por supuesto. Era la policía de Boothbay Harbor.

Lo sentían mucho.

Algo que Lolly recordaría siempre de aquella noche era cómo había dejado caer el teléfono y se había quedado paralizada mientras miraba con horror el rostro de Billy Crystal. Después de todos los años transcurridos, todavía no era capaz de ver ninguna película en la que apareciera, no podía ni mirarlo, ni oír su voz. Su querida amiga Pearl dijo en una ocasión que, gracias a Dios, Lolly había cambiado del canal donde daban *Silkwood*; si no lo hubiera hecho, jamás habría podido volver a mirar a Meryl Streep.

1

Isabel Nash McNeal

El plan de Isabel para salvar su matrimonio estaba basado en tres elementos: una antigua receta italiana de raviolis con salsa tres quesos, la evocación de los buenos momentos del pasado, y la promesa de no volver a mencionar jamás lo que se estaba interponiendo entre Edward y ella. Amaba a su marido, lo había amado desde los dieciséis años, y eso era todo. Se encontraba de pie ante la encimera de la cocina. La receta, garabateada con una tinta negra que casi no se distinguía, estaba junto al bollo gris de pasta que llevaba amasando desde hacía un buen rato. ¿Era éste el aspecto que debía tener?

Isabel cogió un libro de cocina del estante que había encima de la mesa, *La cocina italiana de diario*, de Giada De Laurentiis, y buscó el apartado en el que hablaba de la masa para la pasta. La suya no se parecía en nada a la de Giada. Acababa de empezar. Tenía cinco días para conseguir redondear la receta. Su décimo aniversario de boda era el martes, e Isabel estaba decidida a recrear la última noche de su luna de miel en Roma, cuando Edward y ella, con apenas veintiún años y muy enamorados, habían encontrado cerca de la Fontana de Trevi un acogedor restaurante con mesas en la terraza y que permanecía abierto hasta tarde. Antes habían arrojado monedas a la fuente y habían pedido sus deseos, y una vez en el restaurante, sentados en una pequeña mesa redonda en una hermosa noche de agosto de cuarto creciente, suave brisa y música de ópera italiana que venía de no se sabía dónde, Edward le

dijo que él sólo había pedido un deseo: que la vida fuera siempre así. Y que ella era su vida. Ella había deseado más o menos lo mismo. Ante unos raviolis con salsa tres quesos que a ambos les parecieron exquisitos, Edward le dijo que la amaba más que a nada, que la amaría para siempre, y a continuación se puso de pie, le ofreció la mano e, inclinándose, le dio un beso largo y apasionado que dejó tan impresionado al dueño del restaurante que los invitó a entrar para darles la receta de los raviolis. En la vieja cocina estaba su anciana madre. Tenía la nariz ganchuda, un severo vestido largo y negro, el pelo peinado en un moño sobre la nuca, y removía unas grandes ollas negras sobre el fuego. Parecía una bruja. Sin embargo, les sonrió, los besó en ambas mejillas, y a continuación les escribió la receta en italiano, que su hijo tradujo más abajo. Después, el hostelero les hizo una confidencia: «Mi madre dice que esta receta tiene propiedades mágicas y que es garantía de un matrimonio largo y feliz.»

Todos esos años, Isabel había guardado la hoja de papel doblada en su cartera, y en una ocasión se propuso hacer los raviolis en todos los aniversarios. Pero, por una u otra razón, Edward y ella habían salido a cenar o se habían ido de vacaciones. Además, la magia de aquel plato de raviolis de su luna de miel había funcionado todos esos años: sin duda, habían tenido un largo y feliz matrimonio. Hasta hacía poco.

Hasta que su matrimonio se convirtió en una especie de guerra fría porque Isabel había empezado a querer algo que se suponía que no debía querer, que se suponía que no debía necesitar. Lo deseaba con un ardor que la asustaba, la ilusionaba, la hacía sentir más viva que nunca. Y se pasaba el día llorando —en la ducha, en el supermercado, en el coche y a altas horas de la noche— porque era algo imposible.

Se deshizo del mazacote de masa y, cuando estaba metiendo la taza medidora en la bolsa de la harina, oyó un

susurro junto a la puerta de entrada. Se echó hacia atrás y miró a través del pasillo; habían deslizado un sobre por debajo de la puerta. Qué extraño. Isabel se limpió las manos en el delantal y fue hasta el recibidor, haciendo repicar los tacones en el brillante suelo de mármol.

El sobre, al igual que la carta que contenía, y que estaba escrita a máquina sobre papel blanco corriente, no tenía destinatario ni llevaba firma:

Su marido tiene una aventura. No estoy segura de que usted lo sepa, ni de que quiera saberlo. Lo que sí sé es que una vez usted se portó bien conmigo, y en esta ciudad eso ya es mucho. A mí me gustaría que me lo contaran... Algo me dice que a usted también. Número 56 de la calle Hemingway. El Mercedes negro está siempre aparcado en la parte trasera en torno a las seis de la tarde.

Lo siento.

Isabel lanzó un grito ahogado y dejó caer la carta al suelo. La recogió y volvió a leerla. ¿Edward? ¿Una aventura? Negó con la cabeza, se le doblaron las piernas y cayó sobre el banco tapizado del recibidor. Tenía que ser un error. Tenía que serlo.

Sí, un error, decidió. Habían entregado la carta en la casa equivocada. Seguramente iba dirigida a su vecina de al lado, Sasha Finton, cuya casa colonial —con su puerta roja, sus contraventanas negras y su sendero bordeado de alegrías— era idéntica a la de los McNeal. El marido de Sasha coqueteaba sin recato en las comidas vecinales y en los cumpleaños infantiles. Isabel lo sintió mucho por Sasha, siempre tan amable, que la había saludado con una sonrisa tensa esa mañana, aunque se la veía claramente disgustada mientras seguía con la vista a su marido hasta el coche.

Un mercedes negro, ¿no? Exactamente como el de Edward.

Respiró hondo, corrió a la sala de estar, se acercó a la ventana y recorrió la pesada cortina. Esforzándose un poco podía ver la entrada del garaje de los Finton por encima de la cerca blanca de hierro forjado. Ahora sólo estaba allí el BMW plateado de Sasha, pero Isabel estaba segura de que el Mercedes de Darin Finton era negro. Miró el reloj; apenas pasaban las seis. Era posible que el coche de Darin no estuviera a la entrada del garaje porque estaba aparcado en la parte trasera del número 56 de la calle Hemingway.

Se llevó la carta y el sobre a la cocina, y los dejó sobre la mesa. Después les puso un tomate encima como pisapa-pelas. No es que no quisiera que la carta anónima saliera volando hasta el cielo y desapareciera, pero podía caer ante el umbral de alguna otra mujer convencida de que algo iba mal, muy mal, entre ella y su marido desde hacía mucho tiempo. La verdad era que Isabel ya sabía que las cosas entre ella y Edward no estaban precisamente bien. Pero ¿una aventura? ¿Edward? No.

Isabel se tragó las lágrimas y midió tres tazas de harina. Las volcó sobre la tabla de amasar. Hizo un hoyo en la harina y rompió en él cuatro huevos, los batió suavemente y fue incorporando la harina poco a poco. Una vez que empezó a amasar con las palmas de las manos, la pasta se volvió grumosa en lugar de elástica y untuosa.

Estaba haciendo algo mal.

Esa parte del plan para salvar su matrimonio, esa rememoración de las cosas buenas, podría parecer ridícula, pero Isabel pensaba que si recreaba aquella última noche en Roma, cuando todo entre Edward y ella había sido tan mágico, su marido se enternecería. La mezcla de queso *ricotta* y salsa *marinara* suave sería capaz de evocar una mesa en Italia a la luz de la luna y lo que entonces sentía por ella. Tenía pensado ponerse uno de aquellos encantadores vestidos de algodón que había llevado a su luna de miel y preparar una mesita de café en el patio, bajo la luna y las estrellas.

Aunque estaban lejos de Roma, al menos recrearía las emociones de aquella noche. Eso los devolvería al punto de partida. A los primeros nueve años de su matrimonio, cuando todo era bueno, cuando ella se sentía a salvo.

Cierto que las cosas habían cambiado durante el último año, pero también para eso tenía un plan: no mencionar jamás lo que los estaba separando, lo que se había interpuesto entre ellos como una cuña. Algo que Isabel quería y Edward no.

Isabel levantó el tomate y volvió a leer la nota.

«El Mercedes negro está siempre aparcado en la parte trasera en torno a las seis de la tarde.»

Cierto, Edward tenía un Mercedes negro. Pero también lo tenían Darin Finton y los Carmichael, que vivían en la acera de enfrente, y casi todos los vecinos.

Oyó un coche en la entrada del garaje de los Finton. Isabel corrió hacia la ventana. Darin salía de su Mercedes gris oscuro. No era negro. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras se acercaba a las ventanas del otro lado de la sala de estar y espiaba entre los visillos para ver la entrada de los Haverhill. «Por favor, que tengan un Mercedes negro», pensó, hasta que se dio cuenta de que estaba deseando que a Victoria Haverhill la engañara su marido. Pero los dos coches de aquella familia estaban en la entrada del garaje, y uno de ellos era un Mercedes azul oscuro.

Isabel se quedó inmóvil junto al piano de media cola; no se atrevía a respirar, no se atrevía a moverse.

«Una vez usted se portó bien conmigo, y en esta ciudad eso ya es mucho...»

Isabel solía tratar bien a la gente. Sasha Finton tenía sus días buenos y sus días malos. ¿Y Victoria Haverhill? Victoria era una víbora.

¿Realmente sería para ella la carta? Sintió en los oídos el repiqueteo de sus tacones al volver a la cocina. Pero Edward y ella lo estaban intentando... Los dos habían prometido hacerlo.